

EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN EN LA BÚSQUEDA DE LA UNIDAD EUROPEA: LOS PROYECTOS ILUSTRADOS Y ROMÁNTICOS DE *PAZ PERPETUA*

*The role of education at the aiming
of the european unity: the enlightened
and romantic perpetual peace projects*

María José REBOLLO ESPINOSA
Universidad de Sevilla

Fecha de aceptación de originales: Enero de 2000
Biblid. [0212-0267 (2001) 20; 215-235]

RESUMEN: Los orígenes de la educación para la paz se remontan bastante atrás en el tiempo. En este artículo se analizan en concreto una serie de proyectos de *paz perpetua*, escritos entre el siglo XVII y el XX, que podrían considerarse antecedentes de las actuales propuestas de educación para la paz y que, paralelamente, se presentan también como instrumentos para la unificación europea. Se ve cómo, lo que comienza siendo un humano anhelo de concordia internacional va progresivamente realizándose, y se estudia el puesto que en esa dinámica ocupa lo educativo.

PALABRAS CLAVE: Europa, educación para la paz, proyectos de *paz perpetua*.

ABSTRACT: The sources of the peace education goes back far enough. This article aims to analyzing some *perpetual peace* projects which were actually written between the XVII and XX centuries. Those projects, being regarded as a proper means in order to attain the european unity, may be viewed as antecedents of the today peace conferences. It is, then, acknowledged, that what started as a human desire for international agreement is progressively achieved and it is purported to show the role this particular dynamics plays in the education.

KEY WORDS: Europe, peace education, *perpetual peace* projects.

1. El deseo

*Que en adelante el género humano
deponga las armas y se preocupe de sí mismo,
que todos los países se amen recíprocamente*
(Lucano. *La Farsalia*)

ÉSTE ES EL EXORDIO que eligió J. J. Rousseau, ciudadano de Ginebra, para la portadilla del «Extracto del Proyecto de Paz perpetua del Abad de Saint-Pierre» que publicó en 1761, en *Le Monde*. Ésta es la expresión de uno de los deseos humanos que con más fuerza se ha pedido a lo largo de la Historia. Contraviniendo la que, para algunos, es en nosotros una tendencia natural hacia la violencia, una faz de nuestro instinto defensivo de supervivencia, el deseo de paz, la solución de los conflictos —desde los que se producen a un nivel puramente íntimo y personal, hasta los que comprometen a los pueblos a nivel internacional— ha sido uno de los más anhelados y perseguidos, y continúa siéndolo, quizás precisamente porque siempre se quiere más lo que no se consigue. El deseo tiene la virtualidad de funcionar como motor de nuestras acciones, como chispa de la voluntad y, cuando el deseo toma forma de idea, su potencial creativo se reafirma, se orienta, es capaz de convertirse en instrumento para la construcción de una realidad. Bajo esa forma reforzada, el deseo de paz ha actuado como una de las claves para la construcción de Europa.

De la misma manera en que lo son los seres humanos que la sustentan, definidos esencialmente por su mutabilidad¹, Europa es una realidad dinámica, que sigue haciéndose en la medida en que sigue conservando la vitalidad poética de las ideas que encauzan deseos². Y es así como nos interesa aquí, como concepto cultural y moral sentido y vivido, o como creencia, *more* orteguiano, es decir, una idea con la que contamos, una idea forjadora en la cual (no con la cual) nos encontramos,

¹ Leibniz representó al ser humano como un arco tenso hacia algo y Fichte maduró esa idea definiéndolo primaria y fundamentalmente como ser-ágil, como *vis activa*. Ortega que se confiesa miembro de la tribu de los flecheros, afirma lo mismo con estas acertadas imágenes:

«...no es permanencia, sino moverse la sustancia del hombre. Pertenece a la simiente de Heráclito [...] nosotros ponemos la proa hacia una cultura, la única adecuada a un ente como el hombre, que en medio de un mundo en constante movimiento es él mismo móvil. Sea éste nuestro lema: *Mobilis in mobile*» (*De Europa meditatio quaedam*, en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1960, tomo V, p. 255).

² Hay autores como J. PATOCKA (*Platón y Europa*, Barcelona, Península, 1991, pp. 15-16), que, desde una perspectiva negativa, actualmente sólo interpretan como pérdida tal capacidad de cambio al afirmar lo siguiente:

«Europa fue en realidad dueña del mundo. Dueña económica: ella fue la que desarrolló el capitalismo, la red comercial de la economía planetaria. Dueña política en virtud de su monopolio de un poder cuyo origen se hallaba en la ciencia y en la técnica, pues todo esto también iba unido a su grado de reflexión y a la civilización racional que poseía en exclusiva. Todo eso fue Europa. Y esta realidad colosal ha quedado definitivamente liquidada en treinta años, en el curso de dos guerras, al término de las cuales no queda nada de su potencia dominadora del mundo. Con sus propias fuerzas, se ha destruido a sí misma. Naturalmente, en este proceso involucró al mundo entero, de la misma manera en que antes se había apropiado materialmente de él. Obligó al mundo entero a lanzarse a estas empresas de destrucción, lo cual ha dado como resultado la aparición de herederos que jamás admitirán que Europa vuelva a ser lo que fue».

una idea en la que habitamos, una idea tan profunda y enraizada que llega a confundirse con la realidad misma.

Nos interesa Europa —igual que le preocupara a F. Chabod—³ «como individualidad histórica, con una tradición propia, que puede apelar a toda una serie de nombres, hechos, pensamientos que le han dado a lo largo de los siglos una impronta indeleble». Nos interesa, insisto, recalcar la importancia que puedan tener dentro de esa tradición precisamente las ideas, «que no son fantasmas vacíos y sombras, sino la sangre de las cosas y el resultado de la experiencia»⁴. Las necesitamos, somos «ideodependientes», aunque su verdadero poder sea diferido y constantemente mediado, aunque se precise mucho tiempo para que se transformen en fuerza histórica, en lugares comunes, en opinión pública: ésa «es una de las causas que hacen al *tempo* en que la Historia marcha, lento, tardígrado. Ya Homero citaba, como sabiduría muy antigua, que «los molinos de los dioses muelen muy despacio»⁵.

Y nos interesa, más en particular, entrever cuál puede haber sido el papel desempeñado por la educación en el proceso de surgimiento, desarrollo y afianzamiento o rechazo del binomio eidético Europa-paz. Para ello, analizaremos en concreto una serie de escritos, *proyectos de paz perpetua*, casi todos de autores relevantes en la Historia del pensamiento, que se publicaron en torno a los siglos XVIII y XIX, con un objetivo común, una estructura similar e, incluso, unos títulos semejantes, por lo que entendemos que no puede tratarse de una mera coincidencia o de una simple moda, sino que pensamos que podrían considerarse una especie de subgénero literario y antecedente de las recientes Declaraciones Internacionales de Principios para la unificación de Europa. A lo largo del artículo iremos indicando cuáles son aquellos proyectos que hemos elegido para este análisis, pero antes creemos necesario repasar en síntesis la evolución histórica de la idea-creencia de Europa.

2. La idea

La construcción de la unidad europea es concebible desde el ángulo de la Historia porque cuenta con un soporte elaborado durante siglos de vida de los europeos. Es evidente que la idea de Europa rebasa un concepto meramente geográfico, referido a la localización de un conjunto de países en una determinada parte del mundo. La conciencia europea se ha ido forjando a base de contraposiciones frente a lo que no lo es. J. Fontana concluye que ni siquiera conocemos la Historia real de Europa, dado que el relato que hemos construido para explicar su desarrollo se basa en la visión que arrojan una serie de espejos deformantes donde nos hemos definido en contraste con imágenes falaces del «otro»: sucesivamente el bárbaro, el infiel y el hereje, el mítico caballero, el rústico inculto, el salvaje⁶.

³ CHABOD, F.: *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Editoras de Derecho Reunidas, 1992, p. 25.

⁴ Una imagen muy expresiva utilizada también por F. CHABOD en un ensayo sobre Meinecke, publicado en la *Nuova Rivista Storica*, en 1927, y citado por S. MASTELLONE en el «Prólogo» a *Historia de la idea de Europa*, *op. cit.*, p. II.

⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: *op. cit.*, p. 276 (en nota).

⁶ Cfr. FONTANA, J.: *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 1994.

Advertidas estas falacias, si contemplamos sinópticamente todo el pasado occidental, observamos cómo se dibuja en él un ritmo en el que a veces predominan notas europeístas o «fases comunitarias» —así las denomina J. B. Duroselle—⁷, mientras que en otras ocasiones sobresalen tonalidades nacionalistas o particularistas. Consideraríamos, a grandes rasgos, épocas especialmente europeístas a los siglos IX y XVIII, en tanto que serían destacablemente particularistas el XVII o el XIX. Es decir, aun coexistiendo ambas tendencias en la vida de los pueblos, encontramos períodos históricos caracterizados por la pujanza de la dimensión unitaria, del común fondo europeo⁸, y períodos en los cuales prima la dimensión diferencial creada por cada pueblo sobre ese fondo. Las influencias comunes que justifican el predominio de la primera de estas dimensiones —la que realmente nos interesa en este momento— provienen para unos historiadores de la romanización, la impronta germánica y la huella judeo-cristiana o la Cristiandad como conciencia de pertenencia al Occidente frente al Oriente y en contraposición al Islam; en tanto que otros sustituyen el segundo de estos elementos añadiendo en último lugar cronológico al Humanismo como movimiento cultural formalmente unitario.

Es sabido que la palabra *Europa*⁹ nace con el mito griego, contado entre otros por Herodoto, según el cual un enamorado Zeus, disfrazado de voluptuoso e hipnotizador toro blanco, magnífico y manso, raptó a la hija del rey de Fenicia y se la llevó consigo a Creta hasta convertirla en madre de la dinastía de Minos¹⁰. Europa es, pues, desde el principio, un nombre simbólico, y la fuerza del símbolo, como señala J. L. Aranguren¹¹, ha subsistido en la Historia, desplazándose en su configuración de Oriente a Occidente. Junto a este del rapto, que quizás sea el más conocido de los orígenes fabulosos de Europa, nos gustaría subrayar también otro con una carga simbólica puede que aún mayor: el mito de Cadmo¹², cuya principal

⁷ DUROSELLE, J. B.: *Historia de los europeos*, Madrid, Aguilar, 1990.

⁸ Duroselle se detiene a enumerar las fases que, respondiendo a diversos criterios (religiosos y políticos, sobre todo) y con distinta intensidad, podrían encuadrarse dentro de este primer tipo, épocas en las que un mismo fenómeno ha cubierto el ámbito de la Europa occidental o incluso ha sobrepasado ligeramente sus límites: la de los megalitos (4000-2000 a.C.), la de los Celtas (s. V-I a.C.), la del Imperio Romano de Occidente (s. IV d.C.), la del dominio de los pueblos germánicos (s. V-VIII), la del Imperio Carolingio (s. IX), la del apogeo de la Cristiandad occidental (s. X-XI), la de las catedrales góticas (s. XII-XV), la del Renacimiento (s. XVI) y la de la dominación colonial, comercial, técnica, científica e industrial (hasta el s. XX).

⁹ Europa significaba literalmente en griego algo así como «ojos grandes, bellos o de visión profunda» (ya Homero calificaba a Zeus de *europos*, «el que ve de lejos»); aunque es también posible retrotraer la etimología hasta raíces prehelénicas y pensar que deriva del término egeo *hirib*, «poniente», opuesto a *açou*, «oriente», de donde derivaría la palabra Asia; o considerar posibles fuentes fenicias y hacerlo descender de *uruppa*, «rostro blanco», que es otro de los rasgos de belleza más ensalzados en la codiciada hija del rey de Fenicia.

¹⁰ Otras tradiciones mitológicas, en cambio, hacen de Europa diosa, una de las hijas de Océano y Tetis, o la amante de Poseidón y madre de Eufemo, uno de los argonautas. D. de ROUGEMONT realiza una exhaustiva genealogía de los mitos europeos en *Tres milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

¹¹ Cfr. ARANGUREN, J. L.: «Del mito a la unión europea», en ABELLÁN, J. L. (dir.): *El reto europeo. Identidades culturales en el cambio de siglo. 1 Jornadas de Humanismo Filosófico*, Madrid, Trotta, 1994.

¹² Europa, esta vez hija de Agenor, rey de Tiro, es raptada también por un toro. Sus cinco hermanos parten en su busca en diferentes direcciones. Cadmo acaba consultando a la Pitia de Delfos que le aconseja seguir a una vaca (con una luna blanca en el costado) y edificar una ciudad allá donde ésta caiga rendida. La ciudad será Tebas y Cadmo recorre Grecia hasta encontrar su lugar (cfr. para más información ROUGEMONT, D. de.: *op. cit.*, pp. 35-38).

enseñanza se sintetizaría en la idea de que buscar a Europa es hacerla, es su búsqueda la que la ido creando.

Grecia, en efecto, bautiza a Europa (al parecer, el primero que escribió su nombre fue Hesíodo y el que primero la describió comparativamente fue Hipócrates), la hace nacer a la Historia y le transmite un legado cultural con futuro. Con los griegos comienza la construcción de un espacio que se individualiza frente al resto del mundo conocido, pero para ellos aún ese espacio no deja de ser pensado como un lugar geográfico (que abarcaría desde las columnas de Hércules, Gibraltar, hasta el río Phase, que desemboca en el Mar Negro) y poco más. Incluso, en unos casos ese lugar se confunde con una provincia de Tracia, en otros se utiliza como sinónimo de Grecia y en otros casos, por el contrario, es diferenciado claramente del espacio más vital y prestigiado de la Hélade¹³.

Roma aporta a esa demarcación física un considerable acervo de elementos definidores y aglutinadores más: una red de ciudades, una lengua y una eficaz sistematización de las relaciones jurídicas. Actúa como elemento de asimilación y, sin embargo, durante la época romana no existió un concepto político unitario sobre Europa, de la que se habla muy poco (sólo Plinio el Viejo merece destacarse). El Imperio Romano fue mediterráneo, tricontinental, pero no europeo, pues no logró, entre otras cosas, asentarse en la Europa septentrional ni en la oriental.

Las primeras menciones de Europa con el sentido y la conciencia de unidad, las encontramos a partir del siglo VIII, apoyadas de nuevo y por mucho tiempo en un tercer mito, el relato bíblico según el cual, en un reparto tripartito del mundo, ésta correspondió a Jafet, hijo de Noé y antepasado de los pueblos de Occidente. El concepto de Europa recibe ahora además un contenido religioso, renace a la par de la expansión de la Iglesia cristiana, deviene sinónimo de Cristiandad occidental. Carlomagno, la cabeza visible de dicho renacimiento, recibe apelativos como «venerable jefe de Europa», «padre de Europa», «cumbre de Europa», o «faro de Europa», títulos que coronan su empeño por restaurar el Imperio Romano de Oriente y Occidente. El internacionalismo teocrático que presidía tal empresa se manifiesta en casi todos los aspectos de la cultura medieval: en las Cruzadas frente a los enemigos de la Cristiandad, en el fenómeno de las peregrinaciones como extraordinario mecanismo de intercambios, en el nacimiento de las Universidades como centros internacionales de estudios superiores, en el uso del latín como lengua común de la liturgia sagrada y del saber, en el simbolismo del arte, o en las convenciones de una cultura aristocrática y caballeresca¹⁴.

¹³ ARISTÓTELES (*Política*, Libro VII, capítulo 6, par. 1327 b) tiñe la individualización geográfica de Europa, frente a Asia y la Hélade, con una etnocéntrica y casi chauvinista valoración del temperamento de sus respectivos habitantes:

«...los pueblos que habitan en los países fríos y en Europa están dotados de valor, pero andan escasos de inteligencia y capacidad artística: por eso mismo viven con independencia, pero carecen de un gobierno con una buena constitución y de la capacidad de dominar a sus vecinos. Los pueblos asiáticos, por el contrario, son inteligentes e industriosos, pero carentes de valor, y por eso viven habitualmente en régimen de servidumbre. En cambio, la estirpe helénica, situada en una región intermedia, participa del carácter de unos y otros, al ser valerosa e inteligente: por eso vive permanentemente en libertad, con gobiernos posiblemente perfectos, con la capacidad para dominar a todos si estuviera reunida en un único Estado».

¹⁴ Cfr. DAWSON, Ch.: *Hacia la comprensión de Europa...*, Madrid, Rialp, 1953.

Pero, las pretensiones universalistas no admiten los límites geográficos, hasta el punto de que, a partir del siglo XI, son muy escasos los textos que recogen el término Europa.

La crisis de la Cristiandad en la Baja Edad Media y la Reforma protestante en el siglo XVI, unidas a otras coyunturas históricas decisivas (la progresiva consolidación de los Estados soberanos frente a la política imperial del medievo, o el descubrimiento y colonización de nuevos mundos que hacen reflexionar sobre la originalidad del nuestro) alumbrarán una nueva idea de Europa, bastante más próxima a la actual. La inacabable conflictividad que marca este período hace que se sucedan actuaciones tendentes a mantener un equilibrio inestable controlado por una u otra potencia, y engendra proyectos europeístas que son propuestas pacifistas y de arbitraje más o menos utópicas (Erasmus, Moro, Bacon, Campanella)¹⁵. Rota la unidad cristiana, el vínculo moral, civil y espiritual que ahora une con más fuerza a los europeos es la influencia de la «república de las letras»: sin proponérselo explícitamente, la enseñanza conseguía, de forma indirecta, crear europeos, puesto que, el hecho de que todos los europeos cultos conocieran las mismas lenguas y hubieran leído los mismos poetas, filósofos e historiadores les daba una visión del mundo y un concepto del hombre que cimentaban criterios comunes. La cultura humanista se extiende desde Italia: es Eneas Silvio Piccolomini, en el siglo XV, quien comienza a emplear el término «europeo», y es Maquiavelo quien concibe una primera formulación, política, de Europa como comunidad dotada de caracteres específicos, terrenales y laicos.

Pero el «sentir europeo» tiene una impronta netamente ilustrada, con el siglo XVIII, la concepción de Europa como entidad civil y moral comienza a tener vida y éxito. «A lo largo de todo el siglo XVIII —explica F. Chabod—¹⁶ se mantuvo el concepto de Europa como un gran cuerpo civilizado, uno desde el punto de vista cultural (la República de las Letras), pero políticamente dividido en múltiples Estados [...] un cuerpo con usos y hábitos propios; un cuerpo que, en definitiva, era empujado por la ciencia en el camino del progreso». La fe del siglo en el progreso refuerza su europeísmo frente a la inmovilidad asiática y le infunde un sentimiento de superioridad y modernidad. Es la «Sociedad de los espíritus» volteriana, con una identidad, con un sello muy diferente al del resto del mundo.

A pesar de la energía y claridad de este sentir europeo, que llega a calar incluso en la opinión pública, pronto se oyen voces disidentes. Contra el europeísmo se va afirmando la idea de nación, la relevancia del todo se desplaza hacia lo particular, se desvía hacia cada una de las patrias por miedo a que la universalidad ahogue el alma nacional. Con la Revolución francesa se inaugura definitivamente la era de las naciones y Europa pasará a entenderse como una superestructura, como una sociedad internacional justa. Napoleón, que concibió todavía a Europa como un todo bajo su dominio político organizado sobre instituciones docentes y jurídicas

¹⁵ La idea de la unidad para conseguir la paz se halla también en Guillermo de Occam, en Pedro Dubois, o en Pío II, por ejemplo, que afirmaba que todos los poderes temporales debían estar sometidos al emperador. El proyecto del rey de Bohemia, Jorge Podiebrad, en 1464, defiende la construcción de una *Congregatio Concordiae*, una especie de asamblea de representantes de los distintos príncipes cristianos reunidos para asegurar la paz.

¹⁶ CHABOD, F.: *op. cit.*, p. 14.

comunes¹⁷, sólo concitará repulsas y su experiencia demostrará que Europa no puede nacer a consecuencia de una conquista.

Los románticos vuelven a soñar con la restauración de la Cristiandad europea y revalorizan, en general, la Edad Media. Pero quizás, lo más distintivo de la concepción decimonónica de la unidad de la civilización europea sea el que ésta se muestra articulada sobre la idea de nación. El nuevo ideal del pensamiento europeo se genera desde una visión solidaria del continente partiendo de la aceptación del hecho nacional, buscando la síntesis entre nacionalismo y pacifismo internacionalista. Ranke, Nietzsche, Burckhardt, Cattaneo, Unamuno, Proudhon, Renan proyectan soluciones socialistas utópicas, de federación o de confederación de confederaciones. El matrimonio Europa-Nación parece que puede convivir feliz, y la pareja se describe mediante fórmulas optimistas como las de la «misión» que cada pueblo debe cumplir y la de la «armonía» resultante de la Europa de las naciones. A mediados del XIX se organizan varios congresos para promover la paz (Bruselas, 1848; París, 1849; Fráncfort, 1850), y en el de París, Víctor Hugo profetiza, sin demasiado acierto inmediato:

Vendrá un día en que vosotros, franceses, rusos, ingleses, alemanes; todas las naciones del continente, sin perder vuestras distintas cualidades y vuestra gloriosa personalidad, os fundiréis estrechamente en una unidad superior y construiréis una fraternidad europea [...] vendrá un día en que contemplaremos la existencia de dos grandes espacios: los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, colocados frente a frente, tendiéndose la mano por encima de los mares, intercambiándose sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus genios, roturando la tierra entera, colonizando los desiertos, mejorando todo lo creado bajo la mirada del Creador¹⁸.

Sin embargo, la cruda realidad de dos guerras mundiales sucesivas apunta la decadencia de Europa e impele a la estructuración de un «concierto europeo», a la construcción de organismos de cooperación económica y militar (Unión Paneuropea, Benelux, Consejo de Europa, Unión Parlamentaria, Unión Aduanera, etc.) cuya máxima expresión es en la actualidad la Comunidad Económica Europea. El tiempo de los planes de unión sin consecuencias ha pasado: ya no se trata de deseos aislados, sino de voluntades. En los años posteriores a la segunda de las contiendas, los gobiernos europeos, por primera vez en la Historia, dan muestras inequívocas de un deseo oficial de proceder a la unificación por medio del acuerdo mutuo y no de la conquista o de la hegemonía, constatando nuestra capacidad de educabilidad histórica sobre la premisa de que «a través de un largo proceso, la propia naturaleza conduce la humanidad al Estado mundial. Y lo hace, con un superior designio, aprovechando no sólo las solidaridades, sino también las rivalidades y las luchas»¹⁹.

¹⁷ Bonaparte se expresa al respecto, con pena e ingenua sorpresa, en repetidos pasajes de sus discursos: «Había concebido el propósito, y sentí mucho no poder realizarlo, de unir todas las historias de Europa, posteriores a Luis XIV» (5-8-1816).

«¿Por qué mi Código no puede servir de base a un Código europeo? De esta manera hubiéramos sido realmente en Europa una misma familia» (14-11-1816) (citado por DUROSELLE, J. B.: *op. cit.*, p. 276).

¹⁸ HUGO, V.: *Doce discursos*, citado por DUROSELLE, J. B.: *op. cit.*, p. 325.

¹⁹ La frase es de A. TRUYOL, en su «Prólogo» a KANT, I.: *Sobre la paz perpetua*, Madrid, Tecnos, 1991, p. XIX.

3. La desocialización

Como apunta L. Díez del Corral, Europa es una realidad tan rica, compleja y desbordante que difícilmente se ciñe a un molde conceptual, por ello, los esfuerzos de comprensión deben ser reiterados y complementados de continuo para ir logrando un conocimiento mejor: «Europa es —dice— como un gran cono que siempre tiene una cara oscura por mucha que sea la fuerza luminosa del foco que sobre ella se proyecta»²⁰. Europa es una en su contenido esencial, pero múltiple en sus modulaciones y, son esos tonos diferentes los que la hacen precisamente rica, compleja y desbordante. Lo que más la caracteriza es su diversidad. Con agradables resonancias barrocas, Gracián describía así esa condición: «Es Europa vistosa cara del mundo, grave en España, linda en Inglaterra, gallarda en Francia, fresca en Alemania, riçada en Suecia, apacible en Polonia, adamada en Grecia y ceñuda en Moscovia»²¹. Abundando en las diferencias, añade Cadalso: «Los europeos no parecen vecinos: aunque la exterioridad los haya uniformado en mesas, teatros y paseos, ejército y lujo, no obstante las leyes, vicios, virtudes y gobierno son sumamente diversos y, por consiguiente, las costumbres propias de cada nación»²².

Con frecuencia, semejante variabilidad provoca tensiones, pero aun así, se la reconoce como elemento de vitalidad y progreso. La mezcla de culturas, provenientes de distintas estirpes (nórdica, euroasiática, mediterránea, dinámico-celta, mongoloide, judía)²³, es quizás, paradójicamente, la causa de la unidad europea. «Europa es una nación compuesta de muchas», afirmaba Montesquieu, y entre ellas casi nunca ha habido verdaderos muros, sino más bien *limes* en el sentido romano, es decir, no fronteras, sino porosidad, permeabilidad entre espacios de cooperación que persiguen una suerte de equilibrio homeostático basado en la teoría física de los vasos comunicantes. De este modo, los roces, las fricciones han sido asimismo mayores, por lo que la historia europea es tan problemática y arriesgada, pero tan fértil.

La diversidad y dependencia mutua del sistema de Estados europeos es pues, a la vez, el origen de la fuerza y de la debilidad de la unión. Europa es, subraya Dawson, «un continente formado por el hombre, una creación histórica»²⁴, ya que, ni siquiera su estructura física es unitaria, no es ni un continente en sí, sino una mera extensión peninsular del gran continente eurásico. La unión depende de una tradición espiritual común tejida en delicado equilibrio para vencer a la fuerza centrífuga de las nacionalidades. El principio unificador impuesto por encima de toda la diversidad de pueblos y culturas no es, insistimos, geográfico, racial o político, de ahí que el peligro de desintegración constituya una amenaza

²⁰ DÍEZ DEL CORRAL, L.: *El rapto de Europa*, en *Obras Completas*, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 1998, tomo I, p. 880.

²¹ GRACIÁN, B.: *El Criticón*, IIIª parte, crisis IV, en *Obras Completas*, Madrid, Turner, I, p. 501.

²² CADALSO, J.: *Cartas Marruecas*, «Carta II», Madrid, Cátedra, 1984, p. 85.

²³ S. de Madariaga defiende también la existencia de caracteres nacionales europeos con aromas espirituales e históricos inconfundibles y con perfiles claros que pueden expresarse simbólicamente: hombre-isla (inglés), hombre-cristal (francés), hombre-castillo (español), hombre-río (alemán), hombre-florete (italiano). Cfr. MADARIAGA, S. de: «Bosquejo de Europa», en *Carácter y destino de Europa*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, pp. 205-345.

²⁴ DAWSON, Ch.: *op. cit.*, p. 69.

constante²⁵. En ocasiones, la tensión entre lo que une y lo que separa empuja incluso hacia reacciones bastante imprevistas. E. Moreno Báez observa cómo ciertas corrientes unificadoras han provocado explosiones de signo contrario: «La expansión del cristianismo favoreció el desarrollo de las lenguas de los pueblos bárbaros, que entonces empiezan a escribirse; la recepción del Derecho romano fortaleció a cada una de las monarquías; la difusión por los ejércitos de Napoleón de los ideales revolucionarios fue un revulsivo para el nacionalismo romántico»²⁶.

El gran problema que planea sobre toda la Historia contemporánea es el de las relaciones conflictivas entre el todo, la unidad civil de Europa, y las patrias individuales. De aquí surge la contraposición entre las tendencias pacifistas, las ligas y asociaciones pro paz, los proyectos de Estados Unidos de Europa, por un lado, y, por otro, las doctrinas nacionalistas, la exaltación del país propio, el ansia de grandeza y poderío de la «propia» patria. Pero, el verdadero internacionalismo no puede olvidar que hay naciones. La dinámica unidad-pluralidad es incesante y lo difícil y deseable es hacer avanzar la unidad de Europa sin que pierdan vitalidad sus nacionalidades, sin que se desvanezca la «pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia»²⁷. Desde nuestro punto de vista es Ortega quien mejor explica esta dinámica, a través de su concepto de Europa «dual». El hombre europeo, según él, ha vivido siempre a la vez en dos espacios históricos, ha sido miembro de dos sociedades, una menos densa, pero más amplia, Europa; y otra más densa, pero territorialmente más reducida, el área de cada nación, comarca o región²⁸. O sea que, además de las sociedades nacionales existe otra en la cual éstas se sumergen o flotan: la sociedad europea, que no consiste en la convivencia de las naciones europeas sino que es anterior a ellas que se ha ido haciendo en su entraña como «coágulos más densos [...] A veces es la pluralidad de las naciones quien domina sobre su unidad subterránea; otras es, por el contrario, la unidad europea quien somete a muy acusada homogeneidad las figuras divergentes de aquéllas»²⁹.

²⁵ Para conocer en detalle la evolución del principio espiritual unificador cfr. *ibid.*, pp. 259-262.

²⁶ MORENO BÁEZ, E.: *Los cimientos de Europa*, Universidad de Santiago de Compostela, 1996, pp. 20-21.

²⁷ ORTEGA Y GASSET, J.: «La sociedad europea», prólogo al libro de HALLER, J.: *Las épocas de la historia alemana* (Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1941), en *Obras Completas, op. cit.*, tomo I, p. 326.

²⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa meditatio quaedam*, en *Obras completas*, tomo V, p. 258.

²⁹ ORTEGA Y GASSET, J.: «La sociedad europea», *op. cit.*, p. 324. Con su envidiable estilo certero y expresivo afirma (de nuevo en *De Europa...*) que Europa es «un espacio impregnado de civilización» (p. 249), y cuenta, más en detalle:

«Este enjambre de pueblos occidentales que partió a volar sobre la historia desde las ruinas del mundo antiguo se ha caracterizado siempre por una *forma dual de vida*. Pues ha acontecido que conforme cada uno iba poco a poco formando su genio peculiar, entre ellos o sobre ellos se iba creando un repertorio común de ideas, maneras y entusiasmos. Más aún: este destino que les hacía, a la par, progresivamente homogéneos y progresivamente diversos, ha de entenderse con cierto superlativo de paradoja. Porque en ellos la homogeneidad no fue ajena a la diversidad. Al contrario, cada nuevo principio uniforme fertilizaba la diversificación. La idea cristiana engendra las iglesias nacionales; el recuerdo del Imperium romano inspira las diversas formas del Estado; la «restauración de las letras clásicas» en el siglo XV dispara las literaturas divergentes; la ciencia y el principio unitario del hombre como «razón pura» crea los distintos estilos intelectuales que modelan diferencialmente hasta las extremas abstracciones de la obra matemática. En fin, y para colmo, hasta la extravagante idea del siglo XVIII según la cual todos los pueblos han de tener una constitución idéntica produce el efecto de despertar románticamente la conciencia diferencial de las nacionalidades, que viene a ser como incitar a cada uno hacia su particular vocación» (p. 255).

Sea como sea, los pueblos europeos constituyen desde hace mucho una colectividad que convive bajo un determinado sistema de usos, costumbres, opiniones, derechos y poderes (un credo moral e intelectual), una sociedad real de la cual ninguno de los elementos que la componen puede separarse sin ocasionar graves disturbios. Pero —ya lo advirtió Rousseau— se trata de una «ligazón social imperfecta», el índice de socialización varía y en ciertos momentos de especial desequilibrio Europa se nos muestra «desocializada», sus fronteras se esclerotizan, las vías de intercomunicación se cortan y los lenguajes dejan de ser comunes. En esos momentos seguimos, sin embargo, manteniendo las esperanzas de curación, que se cifran en el restablecimiento de principios de convivencia consensuales. No se trata de una utopía realizable quizás en un futuro, sino que Europa es algo que está ahí desde un pasado remoto, sólo que es preciso darle constantemente forma a su realidad: la unidad europea es, así vista, no un programa político, sino un «principio metódico para entender el pasado de Occidente»³⁰.

4. El equilibrio

La naturaleza humana experimenta, en términos kantianos, una «insociable sociabilidad», una mezcla de atracción y repulsa hacia sus congéneres. Ésa es la base de lo que Vico llamaría «heterogénesis de los fines» o Hegel denominaría «astucia de la razón», uno de los impulsos más constantes en el desenvolvimiento de la Historia. La clave de una coexistencia pacífica entre los pueblos es, pues, el equilibrio. Dice Kant³¹:

...con el incremento de la cultura y la paulatina aproximación de los hombre a un más amplio acuerdo en los principios, estas diferencias [de lenguas y religiones] conducen a coincidir en la *paz*, que se genera y garantiza mediante el *equilibrio* de las fuerzas en una competencia y no con el quebrantamiento de todas las energías, como ocurre en el despotismo (cementerio de la libertad).

Europa es un equilibrio en la pluralidad, unidad dinámica que se desvanece si la diversidad se pierde. Es, en palabras de Rousseau, «un juego de negociaciones, que casi siempre se balancean mutuamente [contrarrestando su tendencia a la agitación continua] [y] para formar una confederación sólida y duradera, es preciso forzar a todos los miembros a una dependencia mutua tal que ninguno solo esté en estado de resistir a todos los demás, y que las asociaciones particulares que podrían dañar a los grandes, encuentren obstáculos suficientes para impedir su ejecución»³². Europa es, valga de nuevo la expresividad orteguiana, «un enjambre: muchas abejas y un solo vuelo»³³. Es, como lo explica Montesquieu, «una nación compuesta de muchas»³⁴. O, como más afectivamente diría Balzac, una «gran

³⁰ ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa...*, *op. cit.*, p. 258.

³¹ KANT, I.: *op. cit.*, pp. 40-41.

³² ROUSSEAU, J. J.: *Extracto del Proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre. Obras Completas*, Paris, Seuil, 1971, tomo II, p. 339.

³³ ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa...*, *op. cit.*, p. 295.

³⁴ MONTESQUIEU: *Reflexiones sobre la monarquía universal en Europa. Obras completas*, Paris, La Pléiade-Gallimard, 1951, tomo II, p. 34.

familia continental, en la que todos los esfuerzos tienden a no sé qué misterio de civilización»³⁵.

Pero el equilibrio europeo no es gratuito, ni tampoco es un derecho reconocido, sino que, por el contrario, se trata de una práctica impuesta por los acontecimientos. Fundamentalmente a partir del siglo XVI, las distintas potencias europeas entran en una complicada dialéctica de alianzas y contrapesos políticos para evitar que ninguna de ellas adquiriera la superioridad suficiente como para someter a las demás. E. Todd sintetiza magistralmente esta idea:

La historia de Europa es larga, brillante y sangrienta, creadora simultáneamente de modernidad y de muerte. Sus últimos quinientos años comprenden la Reforma protestante del siglo XVI, la Revolución francesa en el XVIII, el ascenso de los socialismos y de los nacionalismos en el XX, tres episodios decisivos de la historia del progreso humano, cuyo coste, sin embargo, se cifra en millones de muertos. La Europa de los años 1517 a 1945 podría ser descrita de manera indistinta, como el continente sensato o como el continente loco, ya que cada una de las etapas de su modernización contiene mezcladas creación y destrucción [...] La Europa de los ciudadanos no puede nacer de una unidad natural que no existe. Para realizarse, debe aceptar y superar diferencias muy reales, ancladas en las costumbres y en el inconsciente de los pueblos³⁶.

Paz y equilibrio se coimplican. El primer paso para establecer la paz consiste siempre en eliminar la guerra, que parece la solución más inmediata y natural a los conflictos (paz negativa); luego hay que poner también los medios necesarios para mantenerla, extenderla y conseguir un cambio social no violento orientado hacia una sociedad de estructuras más equitativas y justas (paz positiva)³⁷. J. Bentham, por ejemplo, abre su proyecto diciendo: «El objeto del presente ensayo es ofrecer al mundo un plan de *paz universal y perpetua* [...] Hasta los más felices entre los humanos son víctimas de la guerra, y los más sabios, o mejor dicho, hasta los menos sabios son bastante sabios como para saberla responsable de sus mayores padecimientos»³⁸. Y J. A. Comenio completa el propósito añadiendo: «Esta luz [Cristo, para él] puede ser aportada a otros pueblos en nombre de nuestra *patria europea*; por esto debemos primero unirnos entre nosotros, porque nosotros, los europeos, debemos ser considerados como viajeros embarcados sobre un solo y mismo navío [...] mi esperanza es *endulzar los males de la guerra* por mi mensaje»³⁹.

La empresa de una paz perpetua es —como aseguraba Rousseau— «la más grande que jamás haya sido hecha, y las más capaz de cubrir a su autor de gloria inmortal [...] la más útil a los pueblos y la más honorable también para los soberanos; la

³⁵ BALZAC, H. de: *Obras completas*, Paris, Calmann-Levy, vol. XXII, p. 248.

³⁶ TODD, E.: *La invención de Europa*, Barcelona, Tusquets, 1995.

³⁷ Cfr. al respecto HICKS, D.: *Educación para la paz. Cuestiones, principios y práctica en el aula*, Madrid, MEC-Morata, 1993.

³⁸ BENTHAM, J.: «Plan de paz universal y perpetua», en *Bentham*, Barcelona, Península, 1991, p. 231.

³⁹ COMENIO, J. A.: «Praefatio ad Europeos», prólogo a la *Panergesia* o «Despertador Universal», extraído de *Jean Amos Comenius. Pages choisies*, Unesco, 1957, citado por ROUGEMONT, D. de: *Tres milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos*, Madrid, Revista de Occidente, 1963, p. 106.

única que no está manchada de sangre, rapiñas, lágrimas, maldiciones; y que es, en fin, el medio más seguro de distinguirse entre la multitud de reyes, y de trabajar por el bienestar público»⁴⁰. Es una idea antiquísima, todas las grandes culturas de la humanidad la han perseguido, manifestándose de muy diversas maneras: desde los cientos de escritos medievales sobre la *Tregua Dei*, hasta la conocida obra de Kant al respecto o toda la literatura producida por los múltiples tipos de pacifismo⁴¹. Pero, la dosis de paz alcanzada por cada época histórica ha sido directamente proporcional al que más arriba denominábamos «índice de socialización» de Europa, y la pretensión última de los diferentes proyectos de paz y unidad europea que se han gestado a lo largo del tiempo⁴² no ha sido otra que la de elevar dicho índice.

D. de Rougemont resume en cuatro las causas imperiosas, constantes e interrelacionadas que han movido a los pueblos hacia la unidad europea en el transcurso de la historia:

- a) El asegurar la paz frente al desgarramiento producido por las guerras internas, gracias a una instancia de arbitraje superior a las naciones y a los príncipes, y

⁴⁰ ROUSSEAU, J. J.: *op. cit.*, p. 343.

⁴¹ M. Scheler identifica varias formas de pacifismo instrumental, es decir, diferentes propuestas prácticas de la voluntad para la realización de la paz perpetua: el pacifismo heroico-individualista del principio de la no resistencia (Gandhi, Tolstoi), el cristiano, el económico-liberal (Spencer), el jurídico (Grocio, Pufendorf, Saint-Pierre, Kant, los socialistas utópicos), semipacifismo marxista, pacifismo imperialista universal (Napoleón) y pacifismo cultural. Desde su perspectiva, el europeísmo pertenece a esta última categoría. (Cfr. SCHELER, M.: *La idea de paz perpetua y el pacifismo*, Barcelona, Alba, 2000, pp. 162-165).

⁴² Las bases de los sistemas políticos propuestos han tomado habitualmente formas constitucionales federadas o confederadas. Como muestra, leemos en Rousseau (*op. cit.*, p. 335):

«Si hay algún modo para levantar estas peligrosas contradicciones, no puede ser más que una *forma de gobierno confederativa*, que, uniendo los pueblos con lazos parecidos a los que unen a los individuos, somete igualmente los unos a los otros y a la autoridad de las leyes [según el modelo de la Liga Helvética o de los Estados Generales] [...] Así todas las potencias de Europa formen entre ellas una especie de sistema que las una por una misma religión, por un mismo derecho de gentes, por las costumbres, por las letras, por el comercio, y por una suerte de *equilibrio* que es el efecto necesario de todo ello, y que, sin que nadie piense en conservarlo efectivamente, no sería sin embargo tan fácil de romper como lo piensa mucha gente».

O, como más tarde invocará Saint-Simon: «Una constitución fuerte por sí misma, apoyada sobre principios sacados de la naturaleza de las cosas e independientes de las creencias que pasan y de las opiniones que no tiene más que un tiempo: esto es lo que conviene a Europa, esto es lo que propongo hoy» (*De la reorganización de la sociedad europea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975, p. 34). La estructura organizativa de su propuesta se asienta, muy a la inglesa, en el funcionamiento paralelo de dos cámaras, una de comunes y otra de pares, que constituirían un gran parlamento europeo. La de los comunes estaría formada así:

«Cada millón de hombres que sepan leer y escribir en Europa, deberá enviar a la cámara de los comunes del gran Parlamento europeo a un negociante, un sabio, un administrador y un magistrado. Así, suponiendo que haya en Europa sesenta millones de hombres que sepan leer y escribir, la cámara estará compuesta por doscientos cuarenta miembros» (*ibid.*, p. 86) Y en la de los pares habrá: «...veinte miembros [nombrados por el rey, con derechos hereditarios], que serán escogidos entre los hombres que, por sus trabajos en las ciencias, en la industria, en la magistratura o en la administración, habrán hecho las cosas juzgadas más útiles a la sociedad europea» (*ibid.*, pp. 89-90).

a la represión de toda ambición de hegemonía. Ésta es la causa predominante en la Edad Media⁴³.

- b) El restablecer una comunidad espiritual y jurídica desvaída. Éste es el motivo que une a Dante con la Reforma o el Absolutismo del XVI al XVIII.
- c) El fomentar la prosperidad general a escala continental, no estatal. Éste es, en cambio, el motivo típico de la edad moderna, el que encontramos en Saint-Simon o en Bentham, y el que heredamos como cimiento del Mercado Común.
- d) Y la defensa común ante la amenaza extranjera (turcos, rusos, «amarillos»...), un motivo invocado a menudo pero accesorio, utilizado a modo de pretexto oportuno, para dramatizar la tesis positiva que se defiende⁴⁴.

A la unidad por la conquista se opuso paralelamente desde el siglo XIV una corriente de pensamiento basada en la unidad pacífica por consenso. Sin ánimos de exhaustividad, una enumeración cronológica orientativa de los principales planes de unión y pacificación de Europa en los siete últimos siglos podría ser ésta:

- Dante: *Sobre la monarquía* (1306).
- P. Dubois: *Sobre la recuperación de Tierra Santa* (1308).
- G. Podiebrad: *Tratado de alianza y confederación entre el rey Luis XI, Jorge, rey de Bohemia y el Señorío de Venecia, para resistir al Turco* (1462).
- E. Crucé: *El nuevo Cineo o discurso de Estado representando las ocasiones y los medios para establecer una paz general y la libertad de comercio por todo el mundo* (1623).
- Sully: *El Gran Designio* (1638).
- J. A. Comenius: *El despertador universal* (1645).
- W. Penn: *Ensayo sobre la paz presente y futura de Europa* (1692).
- J. Bellers: *Algunas razones para un Estado europeo* (1710).
- Abad de Saint-Pierre: *Proyecto de paz perpetua* (1712).
- J. J. Rousseau: *Extracto del Proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre y Juicio sobre el Proyecto de paz perpetua* (1761).
- J. Bentham: *Plan para una paz universal y perpetua* (1789).
- I. Kant: *Sobre la paz perpetua* (1795).
- Novalis: *La cristiandad o Europa* (1799).
- Saint-Simon: *De la reorganización de la sociedad europea* (1814).
- P. J. Proudhon: *Sobre el principio federativo* (1868).
- R. Coudenhove-Kalergi: *Manifiesto paneuropeo* (1924).
- M. Scheler: *La idea de paz perpetua y el pacifismo* (1927).
- A. Briand: *Memorandum sobre la organización de un régimen de unión federal europea* (1930).
- J. Ortega y Gasset: *De Europa meditatio quaedam* (1949).

⁴³ En el Concilio de Narbona (1054) se codifican varias medidas importantes que registran la aparición de un movimiento por la paz. Entre ellas destacan dos: la paz de Dios, que protege a los no beligerantes y a los bienes de eclesiásticos y campesinos; y la tregua de Dios, por la que se prohíbe la guerra durante ciertos períodos litúrgicos (Navidad, Pasión, Fiestas de la Virgen, o de viernes a lunes, por ejemplo). Urbano II, en el Concilio de Clermont (1095), generalizó estas instituciones de paz entre los cristianos.

⁴⁴ Cfr. ROUGEMONT, D. de: *Europa como probabilidad*, Madrid, Taurus, 1963, pp. 58-59.

A los efectos que nos interesan en el presente trabajo, vamos a analizar una muestra que estimamos representativa de estos proyectos. Vamos a estudiar los contenidos educativos de algunas de estas propuestas, que, a pesar de haberse quedado casi exclusivamente en eso, a pesar de que desde sus nacimientos se hayan cuestionado sus posibilidades de viabilidad⁴⁵, no han cesado de influir en la imaginación de los creadores de instituciones europeas hasta nuestros días. Nos centraremos en los planes ilustrados (Saint-Pierre, Rousseau, Bentham y Kant) y románticos (Saint-Simon y Novalis), que son fruto de momentos de efervescencia cosmopolita y nostálgica, aunque abordaremos también un par de proyectos del XVII (Comenio y Penn) puesto que entendemos que son relevantes desde nuestra perspectiva, y otros dos del siglo XX (Scheller y Ortega), que nos ofrecen una visión coetánea del tema.

5. La educación y la paz perpetua

De entrada, adelantamos que las referencias explícitas a la educación en los proyectos de paz perpetua son bastante más escasas de lo que nos hubiera gustado constatar. Realmente, aquellos planes que toman a la educación como elemento clave para conseguir la armonía y la unificación europea constituyen loables excepciones, e incluso cuando parecen hacerlo no se detienen a desarrollar la cuestión, sino que simplemente la enuncian a modo de declaración de principios o como supuesto casi dado por sabido. La mayoría de ellos, en cambio, se fundamenta en motivaciones políticas y económicas, o bien resultan ser ensayos de filosofía del Derecho. El de W. Penn, por ejemplo —y éste será precisamente uno de los pocos que aborde nuestro tema con cierto peso— al describir su estructura en la presentación de la obra, explica que las tres primeras secciones se dedican a demostrar

⁴⁵ La viabilidad es una premisa de la que explícitamente parten con frecuencia estos proyectos. En ella creen, de forma más o menos matizada sus autores. Para W. Penn, se trata de un deseo: las tres primeras secciones de su *Ensayo* están dedicadas a demostrar cuán deseable es la paz y cómo la justicia, no la guerra, es el medio de realizarla. Para Kant, aunque no sea posible la realización del Estado universal y con él de la paz perpetua, sí que es realizable una aproximación al mismo mediante el adecuado proceso de asociación de los Estados. Para Bentham, la viabilidad es un supuesto teórico de partida, una objeción contra la que defenderse, tal como escribe literalmente (*op. cit.*, p. 231):

«Suponiendo que exista un plan viable y aceptable para conseguir la utilidad de esa paz universal y perpetua, será indispensable que exista unanimidad sobre el mismo. La única objeción parece ser su aparente inviabilidad, y se cree hasta tal punto imposible que toda propuesta al respecto recibe de inmediato el calificativo de *visionaria* y *ridícula*. Ésta es precisamente la objeción a la que intentaré salir al paso en primer lugar, ya que la eliminación de este prejuicio es condición indispensable para que se presten oídos al plan».

Y Rousseau actúa asimismo como abogado defensor del abad de Saint-Pierre, cuando en su *Juicio sobre el Proyecto de paz perpetua* procura contrarrestar el concierto de burlas que provocó incluso entre espíritus ilustrados como el de Voltaire, Leibniz o Federico II, que temían que incluso perjudicase a la causa de una Europa federada. Comienza el juicio reconociendo la ingenuidad de los medios que el abad propone para la ejecución del plan, y hasta lo absurdo de la propia propuesta de paz perpetua en sus circunstancias históricas concretas, pero salva el libro calificándolo como «el más importante que existe» (*op. cit.*, p. 348) y concluyendo que: «Si, a pesar de todo, este proyecto demora sin ejecución, no es porque sea quimérico, es porque los hombres son insensatos y es una especie de locura ser sabio en medio de locos» (*ibid.*, p. 347).

cuán deseable es la paz; cuál es el verdadero medio de realizarla, a saber, la justicia y no la guerra; y que la justicia es el fruto del gobierno, resultado de la sociedad, un designio razonable de los hombres pacíficos. Y la cuarta sección presenta un proyecto de federación de príncipes que recuerda al de Crucé, aunque apela a Enrique IV, es decir, al Gran Designio de Sully, y al ejemplo dado por las Provincias Unidas de los Países Bajos. J. Bentham en las primeras líneas del suyo declara que el plan se basa en dos proposiciones fundamentales: una es la reducción y control de las fuerzas de las naciones que componen el sistema europeo; la segunda es la emancipación de sus dependencias ultramarinas. Y el de I. Kant, que nos habla como objetivo de un Estado de los pueblos, un derecho cosmopolítico, una federación de paz o una república mundial, y está estructurado en seis artículos preliminares, tres artículos definitorios y dos apéndices (el primero sobre la discrepancia entre la moral y la política desde la perspectiva de la paz perpetua y el otro sobre la armonía de la política con la moral según el concepto trascendental del Derecho público), se subtitula literalmente «Ensayo filosófico».

Sin embargo, estamos de acuerdo con D. Hicks cuando dice que, «aunque el concepto contemporáneo de educación específica para la paz pueda remontarse aproximadamente a una década [casi dos contaríamos ya], sus orígenes filosóficos son mucho más antiguos»⁴⁶. La noción actual de educación para la paz tiene, pues, una deuda considerable con las ideas cosmopolitas y con las preocupaciones éticas por la paz y la comprensión internacional de siglos anteriores, y en estos escritos que ahora estudiamos creemos que es posible descubrir algunos rastros de los que constituyen dicha herencia.

Son supuestos consensuados de la educación para la paz el que la guerra y el conflicto violento no conducen al bienestar humano, el que éstos no son el resultado de aspectos inevitables de la naturaleza humana y, sobre todo, el que es posible aprender la paz, es decir, los modos alternativos de comportarse y organizarse para construir una sociedad más justa y más sólida. La paz se enseña a los individuos y a las naciones. En un documento cercano a nosotros en el tiempo, en el Preámbulo de la Constitución de la Unesco, leemos: «Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres es en la mente de los hombres donde deben edificarse las defensas de la paz». La paz —idea y realidad— es algo que debe edificarse, subraya. Pero, oigamos, de nuevo, unas palabras de Kant al respecto:

El estado de paz entre los hombres que viven juntos no es un estado de naturaleza (*status naturalis*), que es más bien un estado de guerra, es decir, un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, sí existe una constante amenaza. El estado de paz debe, por tanto, ser instaurado, pues la omisión de hostilidades no es todavía garantía de paz y si un vecino no da seguridad a otro (lo que sólo puede suceder en un Estado legal), cada uno puede considerar como enemigo a quien haya exigido esta seguridad⁴⁷.

La paz tiene que ser instaurada, los pueblos tienen que aprender a convivir, igual que tienen que hacerlo las personas. Europa se construye en una dinámica de tendencias complementarias generada por la dialéctica convivencia-potencia y es, por

⁴⁶ HICKS, D.: *op. cit.*, p. 23.

⁴⁷ KANT, I.: *op. cit.*, p. 14.

consiguiente, más que un fin, un proceso en el que las naciones europeas han de aprender a «vivir juntas en una sociedad civilizada, bajo un Estado de derecho»⁴⁸. No se trata de una simple coexistencia, sino de cultivar un espacio de vida en común y para roturar y fertilizar ese campo no bastan los resortes jurídicos, políticos y económicos, sino que es preciso utilizar también la educación como herramienta.

En la autoevaluación de los proyectos de paz, que con frecuencia los propios autores llevan a cabo en un intento conclusivo de «vender su producto», hallamos algunas coincidencias básicas. Tanto Penn, como Rousseau o Kant indican en el apartado de ventajas el hecho de que la eliminación de los conflictos bélicos haría derivar una parte importante de los presupuestos gubernamentales hacia otras partidas mucho más constructivas, entre las cuales lo educativo ocupa un puesto prioritario. Penn —el pacifista cuáquero que fundó el estado americano de Pennsylvania, donde introdujo la constitución más tolerante y democrática que ha conocido la Historia occidental—, presenta este reajuste financiero claramente como un beneficio deseado: «El tercer beneficio es la economía de dinero para los príncipes como para los pueblos. Por este medio se disipan los malentendidos que se elevan entre ellos y que son las consecuencias de los gastos derivados de la guerra. Entonces tendrán la posibilidad de mejorar las obras públicas, la enseñanza, la caridad, las manufacturas, etc., que son las virtudes del gobierno y el ornamento de los Estados»⁴⁹. Rousseau, comentando al abad de Saint-Pierre, también hace cuentas:

...quedará todavía más de la mitad del presupuesto militar ordinario para repartir entre el alivio de los súbditos y los cofres del príncipe; de manera que el pueblo pagará mucho menos; que el príncipe, mucho más rico, estará en condiciones de ejercer el comercio, la agricultura, las artes, de construir establecimientos útiles, que aumentarán la riqueza del pueblo y la suya; y que el Estado tendrá con ello una seguridad mucho más perfecta que la que puede obtener de sus armadas, y de todo el aparato de la guerra que no cesa de agotarse en el seno de la paz⁵⁰.

Al sopesar los inconvenientes y las ventajas de los proyectos, en una suerte de diálogo en el que se defienden de aquellos interlocutores que pudiesen hacerles objeciones, coinciden igualmente varios autores en abogar por una educación en la que no prime el modelo de la *areté*, tan clásico, tan arraigado en el estilo de vida y en la concepción occidental del mundo y, por ende, tan difícil de modificar⁵¹. Mejor dicho, lo que proponen es sustituir la *areté* homérica, por un ideal educativo más en consonancia quizás, salvadas las distancias, con la *areté* hesiódica, o sea, un modelo formativo en el que las luchas se entablan contra la tierra y las materias primas para que, vencéndolas y poniéndolas del lado de las personas que

⁴⁸ ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa...*, *op. cit.*, p. 149.

⁴⁹ PENN, W.: *Ensayo para la paz presente y futura de Europa*, Extracto citado por ROUGEMONT, D. de: *Tres milenios de Europa*, *op. cit.*, p. 112.

⁵⁰ ROUSSEAU, J. J.: *Extracto del Proyecto...*, *op. cit.*, p. 345.

⁵¹ Kant, expresa esta idea de manera contundente: «...la guerra misma no necesita motivos especiales, pues parece estar injertada en la naturaleza humana e, incluso, parece estar considerada como algo noble, a lo que el hombre tiende por un honor desprovisto de impulsos egoístas: el coraje guerrero se estima dotado de un gran valor inmediato (tanto por los salvajes americanos como por los europeos en la época de la caballería) no sólo cuando hay guerra (lo cual es razonable), sino que se estima también de valor que haya guerra» (*op. cit.*, p. 36).

las utilizan, produzcan. Ya E. Crucé —un oscuro monje parisino de la primera mitad del siglo XVII, a quien hemos considerado un interesante precedente en estas materias y en quien pronto se fijará Comenio— en su *Nuevo Cineo*, sugiere reemplazar la formación militar por una *educación del pueblo* para las ciencias y las industrias artesanas, y desarrollar un plan de grandes trabajos europeos: canales que unen los dos mares, puesta en cultivo de territorios baldíos, uniformización de pesos y medidas, moneda común y supresión de aduanas y peajes⁵². Penn, saliendo al paso de uno de los posibles obstáculos a su plan y haciéndose eco de la opinión popular (y sexista en su base), escribe en una línea similar:

La segunda objeción es que se puede originar un *afeminamiento* como consecuencia de la supresión del oficio militar y que, en caso de necesidad, no se dispondría de ejército suficiente, como ocurrió en Holanda en el 72. No hay peligro de afeminamiento, porque cada país puede establecer una disciplina severa o moderada en la educación de la juventud mediante una vida sencilla y un trabajo conveniente. Enseñadle la mecánica y la filosofía natural por la práctica, lo que honra a la nobleza alemana. Esto hará hombres y no mujeres ni leones, porque los soldados se encuentran al extremo contrario del afeminamiento. El conocimiento de la naturaleza y el cultivo de las artes dan a los hombres el conocimiento de sí mismos, del mundo en que han nacido y los medios de ser útiles a los demás y a ellos mismos y aun de socorrer y ayudar, no de dañar y destruir...⁵³.

Y Rousseau reconoce la pérdida de determinados valores consecuente al ejercicio continuado de la paz, pero, hábilmente, incita a la reflexión acerca de su necesidad de la siguiente forma: «Podría decirse también que no teniendo los europeos más guerras entre ellos, el arte militar caería insensiblemente en el olvido; que las tropas perderían su coraje y su disciplina; que ya no habría ni generales ni soldados y que Europa quedaría a merced del primero que viniese [...] no podría uno aguerrirse, es verdad, pero no será ya necesario; pues ¿para qué ejercitarse tanto en la guerra, para no hacerla a nadie?»⁵⁴.

En el lugar de la *areté*, es la cultura la que se propone como clave socializadora por excelencia⁵⁵: las letras y un código moral común, una especie de nueva *politeia*,

⁵² Cfr. ROUGEMONT, D. de: *Europa como probabilidad*, *op. cit.*, p. 65.

⁵³ PENN, W.: *op. cit.*, p. III. La cita continúa añadiendo, también en sentido parecido:

«La tercera objeción es que habría gran necesidad de empleos para los hermanos segundos —ya se temía el problema del paro— y que el pobre no podría ser más que soldado o ladrón. Ya he respondido a esto en mi respuesta a la segunda objeción. Tendremos más comerciantes y cultivadores o ingenieros naturalistas, *si el Gobierno cuida por poco que fuera la educación de la juventud*, aquello, que después del bienestar presente e inmediato de cada país, debe ser la preocupación y el arte del Gobierno. Porque la próxima generación depende de la manera con que se ha educado a la juventud» (*idem*).

⁵⁴ ROUSSEAU, J. J.: *Extracto del Proyecto...*, *op. cit.*, p. 346.

⁵⁵ Aunque, la racionalidad constructiva de Europa es algo sumamente problemático: en el proceso de desarrollo de su cultura van implícitos también factores de disolución interna. Díez del Corral advierte cómo esa racionalidad constructiva puede transformarse súbitamente en lo contrario o derrumbarse: «Europa, creadora por excelencia, se ha fabricado también, directa o indirectamente, la mayor parte de sus desdichas. El gran fallo de Europa sería su espíritu hazañoso, su afán juvenil y su incapacidad de renunciar. Europa ha sido, en el fondo, más acción que sabiduría, y, a pesar de la experiencia política acumulada a lo largo de su movida historia y de su entusiasmo por la razón, acabaría desoyendo sus dictados» (DÍEZ DEL CORRAL, L.: *op. cit.*, p. 697).

serán los mecanismos puestos al servicio de la unión europea. Este eje de conexión podría enmarcarse dentro de lo que hemos visto que M. Scheler denominaba pacifismo cultural, un instrumento cifrado en el cosmopolitismo que, en realidad, se remonta a la *Stoa* y parte del anhelo de fusión de las élites espirituales de todos los países alentadas por una educación humanista. A Europa parece que se le ha atribuido desde antiguo el papel de crear una cultura propia que, además, resulte representativamente humana y, por consiguiente, universalizable. L. Díez del Corral lo ejemplifica observando cómo:

La música europea no ha sido una música más, sino un arte que ha descubierto las leyes de la gravitación del oído humano; la pintura barroca no se ha limitado a ser una pintura al lado de otras, sino que ha incidido sobre la realidad de forma tal, que la realidad ha resultado patentizada según las leyes de la mirada humana y de la luz, lo cual hace que ese arte se haya compenetrado intuitivamente con los procedimientos técnicos de reproducción, y que el cine haya podido enseñorearse de los ocios de casi todos los habitantes del planeta, orientando la mentalidad de los espectadores en el sentido peculiar de la cultura europea⁵⁶.

Ya los helenos sintieron compartir una comunidad de ocupaciones, instituciones y usos ejemplares, que no compartían otros pueblos y cuya existencia significaba un deliberado cultivo y refinamiento en el modo de ser hombre (*paideia*). Ese algo añadido a la naturaleza, podría acabar siendo más fuerte incluso que la pertenencia a una *gens*: la unidad por la cultura se dibuja como más importante que la unidad por la sangre. Pero, cuando la cultura de la que hablamos se considera desde una perspectiva más formal, es decir, cuando nos referimos —como lo hacen los autores de los proyectos de paz en la mayor parte de las ocasiones— a cultura académica, intelectual, hay que reconocer que se circunscribe a una élite a la cual se asigna la tarea de orientar o dirigir a la colectividad. Campanella fue quizás el primero que soñó con una «Academia europea». Comenio sugiere que las cabezas pensantes se agrupen en el «Consejo de la Luz, porque es el Padre eterno de las luces quien les invita a formar una unidad»⁵⁷. Condorcet también planteaba una «reunión de los sabios del globo en una república universal de las ciencias, la única cuyo proyecto y utilidad no sea una ilusión no sea pueril»⁵⁸. Rousseau utiliza los epítomes de «respetable residencia de sabios» o «brillante asilo de las ciencias y las artes» para nombrar a su Europa pacificada. Y Leibniz imaginó igualmente una vasta Academia europea, una federación de sabios organizada en colegios nacionales.

El gobernante de una Europa en paz habrá de ser el mayor de los mecenas, actuando como protector de las ciencias y de las artes⁵⁹, pero, su misión es

⁵⁶ *Ibid.*, p. 885.

⁵⁷ Comenio cita como ejemplos de cuerpos de sabios existentes a la Academia dei Lincei en Italia, la Academia de los Juegos Florales en Francia y la Sociedad fructífera en Alemania (*op. cit.*, párrafo 16).

⁵⁸ CONDORCET: *Fragment sur l'Atlantide ou efforts combinés de l'Espèce humaine pour le Progrès des Sciences*, citado por ROUGEMONT, D. de: *Tres milenios de Europa*, *op. cit.*, p. 159.

⁵⁹ Saint-Simon hace hincapié en ello como un anhelo, opinando que: «Un monarca, para ser grande, debe proteger las ciencias y las artes. Este propósito, tantas veces repetido, es la vaga expresión de una verdad que no ha sido todavía sentido» (SAINT-SIMON: *op. cit.*, p. 27).

antes que nada política y su figura no debe confundirse con la del sabio, el intelectual o el filósofo, *more* platónico. Esos otros personajes serán sus consejeros, sus asesores, y gran virtud del político será la de escucharlos y atenderlos. Kant precisa de una forma bastante dura: «No hay que esperar que los reyes filosofen ni que los filósofos sean reyes, como tampoco hay que desearlo, porque la posesión del poder daña inevitablemente el juicio de la razón, pero es imprescindible para ambos que los reyes, o los pueblos soberanos (que se gobiernan a sí mismos por leyes de igualdad) no dejen desaparecer o acallar a la clase de los filósofos»⁶⁰. Ortega, mucho tiempo después, hablará de los intelectuales como «profetas» o «detectores sísmicos» de los conflictos, invocará un dicho de Cicerón según el cual nada estará bien si no cuenta con la inteligencia, advertirá del peligro de no contar con los intelectuales en la «obra de adivinación» que es la política y, advertirá asimismo de la necesidad de distribuir funciones: «La misión de los emperadores es imperar, mandar; la de los intelectuales es definir»⁶¹.

Bajo el protectorado cultural de los gobernantes, la educación del pueblo aparece como clave explícita en algunos proyectos de paz. La muestra más clara la tenemos en el proyecto de Comenio en el cual vemos que al Consejo de la Luz se le encomienda la instrucción universal: «Creando ocasiones favorables, permitirá a todos los hombres del mundo entero volver sus ojos hacia esta luz en la que todos verán, por ellos mismos, la verdad en la cual jamás ningún error y ninguna quimera podrá mezclarse»⁶². Kant sólo lo plantea como premisa al escribir: «...si la fortuna dispone que un pueblo fuerte e *ilustrado* pueda formar una república (que por su naturaleza debe tender a la paz perpetua)...»⁶³. Saint-Simon también entiende la instrucción pública como instrumento unificador y, en consecuencia, se cuida de recomendar que sea controlada por el gran Parlamento, pero no se detiene en su proyecto a desarrollar esta idea, como si la dejara en manos de ulteriores reglamentaciones:

Un código de moral, así general como nacional e individual, será redactado por iniciativa del gran Parlamento, para ser enseñado en toda Europa. En él se demostrará que los principios sobre los cuales descansa la confederación europea son los mejores, los más sólidos, los únicos capaces de hacer la sociedad tan feliz como pueda serlo a la vez por la naturaleza humana y por el estado de sus luces [...] Así habrá entre los pueblos europeos lo que hace el lazo y la base de toda asociación política: conformidad de instituciones, unión de intereses, proporción de máximas, comunidad de moral y de *instrucción pública*⁶⁴.

⁶⁰ KANT, I.: *op. cit.*, pp. 43-44.

⁶¹ Con su agudeza crítica, Ortega termina el fragmento citado aplicando a la historia más reciente su teoría de que hay que deslindar las tareas de gobernantes e intelectuales, sin olvidar por supuesto su obligada colaboración: «Éstos cometieron, hacia 1750, el error de querer mandar, y ahora se vengan aquéllos pretendiendo definir. Por eso ha sido forzoso soportar estos años que hombres tan primarios, colocados por la Fortuna, que es la musa del político, al frente de grandes pueblos, se permitiesen adoctrinarnos sobre todas las cosas en apotegmas que eran una extraña fusión del teorema y el ukase» (ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa...*, *op. cit.*, pp. 267-268).

⁶² COMENIO, J. A.: *op. cit.*, parágrafo 13.

⁶³ KANT, I.: *op. cit.*, p. 24.

⁶⁴ SAINT-SIMON: *op. cit.*, p. 95.

Efectivamente, en la construcción del patriotismo europeo la educación tiene asignada la tarea de promover una lealtad más alta a través de la enseñanza de un código moral común. Europa es una *politeia* en formación, los pueblos —tal como recomendaba Aristóteles que procuraran los individuos— han de perfeccionar sus mecanismos naturales para ordenar la oposición de sus instintos y obligarse mutuamente a respetar las leyes para generar la situación de paz. El acento se pone, pues, en los aspectos éticos consustanciales al concepto de educación porque, como Kant expresara con maestría: «La razón no ilumina suficientemente y en todas partes qué hay que hacer para permanecer en la línea del deber según las reglas de la sabiduría»⁶⁵.

6. El futuro

Hasta aquí hemos comentado la letra de los proyectos de paz perpetua, bebamos ahora prospectivamente de su espíritu. Muchos son los analistas que coinciden en reconocer la prematuridad de todos estos proyectos, e incluso la de algunos posteriores como los de Mazzini, Coudenhove, Briand o el Congreso de La Haya, voces sin eco en una Europa todavía políticamente inmadura. En los momentos actuales, cuando se cumple la premonitoria visión orteguiana de un mundo presidido por la globalización, «cuando las naciones europeas parecían estar más próximas a una superior unificación, han comenzado repentinamente a cerrarse hacia dentro de sí mismas, a hermetizar sus existencias, las unas frente a las otras, y a convertirse las fronteras en escafandras aisladoras [...] reclamamos una nueva técnica de trato entre los pueblos»⁶⁶. Cabe preguntarse si hoy el terreno está ya maduro y eso es posible, o cuestionarse, con Scheler, si:

...¿en el estadio actual de la humanidad, están ya todos los intereses vitales y los poderes impulsivos dispuestos y organizados de tal forma que, en un futuro histórico no demasiado lejano, y contando con determinados métodos éticos, jurídicos y políticos y con el poder de instituciones que la voluntad pudiera crear, tales intereses podrían apoderarse de esta antiquísima, de esta idea perenne de la *paz perpetua*?⁶⁷.

Hemos mirado atrás y hemos contemplado nuestro reflejo en el espejo de la Historia para remontarnos a las fuentes de donde derivan los valores constituyentes y específicos de Europa, pero, es hora de que transitemos de los deseos al futuro, pasando por las ideas y los hechos. Conviene que apliquemos la sentencia oriental que aconseja: «Siembra un pensamiento y recogerás un anhelo; siembra un anhelo y cosecharás un hecho; siembra un hecho y recogerás un hábito; siembra un hábito y formarás un carácter; siembra un carácter y recogerás un destino»⁶⁸. La probabilidad de Europa se asienta en la reafirmación de una nueva conciencia europea, y ésta, a su vez, emana de la voluntad de unión que «será el signo de una salud renovada del cuerpo europeo en la medida en que tome como

⁶⁵ KANT, I.: *op. cit.*, p. 46.

⁶⁶ ORTEGA Y GASSET, J.: *De Europa...*, *op. cit.*, pp. 312-313.

⁶⁷ SCHELLER, M.: *op. cit.*, p. 137.

⁶⁸ Citada por VIDAL, Ll.: *No violencia y escuela*, Madrid, Escuela Española, 1985, pp. 137-138.

objetivo el federar nuestras diferencias y no el borrar ni el uniformizar la vida del continente⁶⁹. Hay que recuperar la verdadera ciudadanía europea, una ciudadanía que equilibre la unidad del *demos* con la pluralidad del *etnos* con la aspiración de construir una Europa metanacional que, como idea-fuerza, engarce la Europa ya hecha con la Europa por hacer, es decir, un precipitado de todo aquello a lo que aspiramos política, social y éticamente⁷⁰.

Aunque no creamos en sociedades perfectas, sí que creemos como Saint-Simon que «la edad de oro del género humano no está detrás de nosotros, está delante»⁷¹, y la manera de preparar el camino tiene mucho que ver con la educación, hasta el punto de que, si no se abordan con decisión los aspectos educativos, la unificación no será nunca una plena realidad⁷². Desde la perspectiva de un humanismo redimensionado, la educación es una pieza insustituible para la reconstrucción del espacio de socialización europeo, puesto que, gracias a ella, el sentido de unión se enraíza en las nuevas generaciones.

En conclusión, como ya entrevieron muchas otras personas antes que nosotros, afirmamos la necesidad de una educación para la paz y confiamos en su posibilidad. Por ello, hacemos nuestras las palabras que cierran el *Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia*:

...proclamamos que la guerra y la violencia no son una fatalidad biológica. Podemos poner fin a la guerra y a los sufrimientos que conlleva. No con esfuerzos aislados, sino llevando a cabo una acción común. Si cada uno de nosotros piensa que es posible, entonces es posible. Si no, no vale la pena ni intentarlo. Nuestros antepasados inventaron la guerra. Nosotros podemos inventar la paz. Todos nosotros, cada uno en su sitio, tenemos que cumplir con nuestro papel⁷³.

Nos sumamos a un Novalis románticamente esperanzado para pensar en voz alta: «Vendrá, tiene que venir, el tiempo sagrado de la paz perpetua»⁷⁴.

⁶⁹ ROUGEMONT, D. de: *Europa como probabilidad*, op. cit., p. 56.

⁷⁰ Cfr. RUBERT DE VENTÓS, X.: «Prólogo» a BILBENY, N.: *Europa después de Sarajevo. Claves ética y políticas de la ciudadanía europea*, Barcelona, Destino, 1996.

⁷¹ SAINT-SIMON: op. cit., p. 163.

⁷² J. L. García Garrido, recuerda cómo J. Monnet, uno de los grandes iniciadores de la unificación europea concluyó que si hubiera que recomenzar el proceso, él lo haría precisamente por la educación y la cultura (cfr. GARCÍA GARRIDO, J. L.: «Introducción» a *Reformas educativas en Europa*, Madrid, CECE-ITE, 1994).

⁷³ *Manifiesto de Sevilla sobre la violencia. Preparar el terreno para la construcción de la paz*, 1986, Año Internacional de la Paz, adoptado por la Unesco en 1989, presentado por D. Adams. Anexo a la edición española de HICKS, D.: op. cit., p. 295.

⁷⁴ NOVALIS: *La cristiandad o Europa*, Madrid, Instituto de Estudios políticos, 1977, p. 106.